

PERIODISMO Y DEMOCRACIA

**Discursos y conferencias pronunciados en el Seminario
Internacional sobre Periodismo y Estabilidad
Democrática en América Latina, realizado en
Quito, del 7 al 9 de noviembre de 1988.**

CIESPAL FES ILDIS UNP

CONTENIDO

Introducción. <i>Peter Schenkel</i>	5
Carta del Director General de CIESPAL doctor Luis E. Proaño al Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch	13
Carta del Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch al Director General de CIESPAL, doctor Luis E. Proaño	15
Carta de Quito	17
Discurso pronunciado por el doctor Rodrigo Borja Cevallos Presidente Constitucional del Ecuador en la sesión de clausura del Seminario	21
Discurso pronunciado por el doctor Ernest Kerbusch en la sesión inaugural	27
Discurso pronunciado por el Presidente de la Unión Nacional de Periodistas Lcdo. Edgar Jaramillo, en la sesión de clausura	32
CONFERENCIAS	
Gobierno y libertad de expresión. <i>Luis E. Proaño</i>	39
Democracia, Eficiencia Gubernamental y Crítica Periodística. <i>Luis E. Proaño</i>	45
La Democracia Latinoamericana: frente a nuevos retos. <i>Luis Maira</i>	52

Los periodistas y la Democracia: Nuevos Desafíos. <i>Carlos Campolongo</i>	73
Organismos de Información Pública y Estabilidad Democrática. <i>Gonzalo Ortiz Crespo</i>	83
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Roberto Savio</i>	93
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Carlos Mesa</i>	104
Información Pública y Políticas Gubernamentales. <i>Alejandro Alfonzo</i>	123
Los Medios Privados de Comunicación frente a la Información Pública. <i>Emilio Filippi</i>	134

ORGANISMOS DE INFORMACION PUBLICA Y ESTABILIDAD DEMOCRATICA

Gonzalo Ortiz Crespo
Secretario Nacional de Comunicación
Social del Ecuador

Desde el mismo momento en que empieza a pensarse en un proyecto de Patria en el Ecuador, aparece también un proyecto de un periódico, de un medio de comunicación. En efecto, hace 200 años casi exactos, Eugenio Espejo, el precursor de la Independencia ecuatoriana, fue también el precursor del periodismo en el país, ("Primicias de la Cultura de Quito" comenzó a circular en enero de 1792, pero ya meses antes había aparecido un instructivo sobre dicho periódico y desde 1789 Espejo estaba en planes de confeccionarlo).

Si empiezo por esta referencia no es solo por un afán historicista: es importante señalar que la relación esencial que se investiga en este seminario, la del periodismo y la democracia, tiene una larga historia en nuestra región, y que en el Ecuador, país sede del evento, dicha relación se ha vivido con intensidad notable.

En efecto, fue por sus ideas de libertad y democracia, por su propio planteamiento seminal del concepto de Patria, que Eugenio Espejo tuvo que ofrendar su vida (Eugenio Espejo murió en 1795 a consecuencia de los maltratos sufridos en su última prisión, a la que fue condenado por las autoridades españolas por su labor revolucionaria. Las mismas autoridades habían logrado la clausura de las "Primicias de la Cultura de Quito", que apareció quincenalmente, tras solo siete números). Desde entonces hasta hoy, centenares de comunicadores sociales en América Latina han debido sucumbir ante el autoritarismo, la violencia y las dictaduras.

Por tanto, no es un tema enteramente nuevo el que nos reúne aquí. Quizás es nuevo el énfasis en la estabilidad de la democracia

antes que en la democracia misma. Parecería que los organizadores —a quienes rindo mi homenaje por la realización de este seminario: la Unión Nacional de Periodistas, CIESPAL, ILDIS y la Fundación Friedrich Ebert— han visto que el principal problema en este final de la década de los ochenta no es ya más la reconquista de la democracia perdida, como fue a inicios de la misma, sino la consolidación de la democracia ganada con sangre, sudor y lágrimas en nuestros países.

En efecto, hoy podemos celebrar la oleada democrática que ha dado la vuelta al mapa regional, donde uno tras otro nuestros países han logrado poner el punto final a largas dictaduras. Inclusive el más reciente motivo de celebración aconteció hace pocas semanas cuando la democracia reconquistó un espacio en el propio Chile, país que tantos desvelos y sufrimientos ha causado en estos años en las fuerzas democráticas de la región, y no se diga en su propio pueblo. El reciente triunfo del NO en el plebiscito chileno muestra que el anhelo de la democracia no puede ser conculcado, que las fuerzas más conscientes de la sociedad chilena se han impuesto en una contienda que les era desfavorable y que inclusive las Fuerzas Armadas de esa nación hermana saben que un pronunciamiento como el que se produjo allí no puede ser desconocido.

El panorama era enteramente distinto a inicios de la década cuando nos reunimos en este mismo lugar, y también convocados por CIESPAL, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y la Fundación Ebert para discutir las relaciones entre las políticas económicas y las alternativas democráticas en América Latina.

Entonces, en capacidades distintas a las de hoy pero con la misma pasión esperanzada, buscábamos sobre todo encontrar aquellas estrategias económicas que tendieran a plasmar no solo las aspiraciones de desarrollo y de justicia social, sino que también y sobre todo asegurasen, según fuese el caso, el restablecimiento o los primeros pasos de la recién renacida democracia en la región.

Eran los momentos en que el neoliberalismo se presentaba no solo como la salida predicada fervientemente por la derecha regional sino una como una fórmula tentadora para más de un sector medio,

despechado y desorientado ante el fracaso de otras propuestas de desarrollo socio-económico. Para estos sectores no estaba suficientemente claro, a pesar de la abrumadora evidencia, que los supuestos éxitos del modelo neoliberal habían conseguido a un dramático costo social, donde la libertad de mercado paradójicamente había sido impuesta sobre la pérdida de todas las demás libertades.

Aquellos seminarios de inicios de década, al igual que otras instancias, particularmente las académicas y las de la prensa, sirvieron para ampliar el debate, y para convencernos de que la crisis que estaba por iniciarse en América Latina era ni más ni menos que la prueba de fuego para las aún débiles democracias de la región.

Hoy, cerca ya de finales de la década, este nuevo seminario viene a ser una ocasión bienvenida para mirar los resultados de la desigual lucha librada por la democracia, la justicia y el desarrollo en medio de la más profunda crisis que América Latina haya soportado en su historia. Y ello no porque la crisis haya sido superada ni mucho menos, sino porque ya hay lecciones que sacar, especialmente en lo que toca al papel de la comunicación social en la región. De allí la importancia de esta cita internacional a la que todos hemos concurrido con gran interés.

Una de las lecciones que deben sacarse sin duda, es que las relaciones entre la transformación económica-social, la comunicación social y la democracia son más complejas de lo que nadie podía suponer. A pesar de las precauciones que los expertos hacían presentes sobre un excesivo optimismo sin bases en la realidad acerca de creer que lo que venía por delante era un proceso lineal, exento de retrocesos y conflictos⁷ (lo advirtió, por ejemplo, Adolfo Gurrieri en el seminario "Las Políticas Económicas y las Perspectivas Democráticas de América Latina", organizado por el ILDIS y la FES, Quito 19 al 22 de abril de 1982), el entusiasmo que despertaba la reencuentra democracia hizo con harta frecuencia olvidar, sobre todo a los partidos políticos y a las fuerzas sociales, que la tarea era mucho más ardua precisamente por las imbricaciones interiores que unían los planos económico, político y social. En este último, el papel del periodismo era visto, con demasiada ingenuidad, como el de cronista de un avance ininterrumpido hacia la armonía, a la que se llegaría con solo dar la vuelta a la esquina de la transición, que se consideraba

breve, entre la dictadura y la democracia. Hablo siempre del periodismo más consciente y comprometido de la región, que bien sabemos hay otro periodismo vinculado a las burguesías más reaccionarias que no solo no tenían esperanzas en la democracia sino que hicieron y hacen lo posible para que ellas fracasen pues soterrada o abiertamente prefieren siempre un régimen autoritario.

Sin embargo, los procesos resultaron mucho más complicados de lo que preveían los partidos políticos y las fuerzas sociales. En efecto, uno de los principales principios legitimadores de la democracia es su fundamento económico. Pero héte aquí que, como una tromba, se hizo presente en la región la crisis económica. La herencia que recibían las jóvenes democracias era, y cada vez se lo vio más claro, una herencia de demandas crecientes de una población cuyos niveles de vida se hundían irremediabilmente ante el deterioro de la economía. Una gigantesca deuda externa, déficits fiscales y una inflación galopante, conspiraron en estos años para que esa anhelada transformación que llevaría a una supuesta armonía social estuviese realmente al alcance de la mano.

Por eso fue que, en ciertos países, la derecha pudo levantar de nuevo la cabeza. Y en vez de apoyarse en gobiernos militares, reimplantó el autoritarismo a través de gobiernos elegidos por el pueblo.

Tal fue el caso de Ecuador. En efecto, la oligarquía pudo apelar con sus ingentes recursos económicos y una utilización intensiva y extensiva de esta bruja moderna que es la comunicación de masas al pueblo ecuatoriano para que le diera sus votos a un candidato que representaba una salida distinta a la crisis: una salida que no ocultaba su sesgo oligárquico, pues proclamaba precisamente que la solución a la crisis era un manejo empresarial, de quienes realmente sabían hacer negocios, pues los habían hecho toda la historia. Añadieron a este voluntarismo una serie de ofertas de corte populista, y lograron el triunfo electoral por una mínima diferencia de votos.

Los cuatro años que transcurrieron entre 1984 y 1988 fueron entonces, un experimento en lo que podría calificar de **democracia en regresión**. Es bien sabido que las recetas neoliberales incluyen la pérdida de todas las libertades en aras de la libertad de mercado, pero lo que el Ecuador vivió en ese período no tiene precedentes en la

historia nacional. No ha habido gobierno civil y probablemente tampoco dictadura militar, incluidas las folclóricas dictaduras del siglo pasado como la de aquel tiranuelo que daba grados militares a sus caballos (El Gral. Ignacio de Veintimilla, quien gobernó al país entre 1876 y 1883, y fue llamado por Juan Montalvo "Ignacio de la Cuchilla"), que tenga un récord como el del gobierno del llamado Frente de Reconstrucción Nacional, en cuanto a atropellos a los derechos humanos, en cuanto a desaparición de las libertades ciudadanas, en cuanto a supresión de la libertad de expresión y de prensa. Esto podría parecer exagerado a cualquiera que no conociese la historia ecuatoriana, cuyos regímenes aun los dictatoriales, han sabido tener un mínimo de respeto por las formas de la política.

Los atropellos no fueron solo contra los derechos individuales: el gobernante elegido por el pueblo en un marco democrático violó reiteradamente la Constitución y la Ley, y atentó contra los derechos y la autonomía de los demás poderes del Estado.

Lo curioso del caso es que este gobernante dictatorial con ropaje de civil, que había ofrecido solucionar los problemas económicos del Ecuador, dejó como herencia una crisis económica, al igual que política, social y moral, que, como lo ha señalado el Presidente de la República, Dr. Rodrigo Borja, es la peor crisis de la historia ecuatoriana.

La corrupción en las más altas esferas del gobierno, el afán de enriquecimiento ilícito llevado a los extremos de la desvergüenza, se unieron a un manejo de la economía que solo tuvo en cuenta los intereses no de una clase social siquiera sino del grupo de más allegados al régimen. La oligarquía se ferió así su oportunidad histórica de reivindicarse como clase dirigente tras 50 años en que se vio impedida de un manejo directo del poder: el desastre en que su adalid entregó el país, la degradación de las instituciones públicas y el descalabro de la economía, se reflejaron en la repulsa universal con que dejó el poder.

Es justamente este marco al que he hecho breve referencia que me permite llegar, por fin al tema de esta conferencia: **Organismos de información pública y estabilidad democrática.** Es que el caso ecuatoriano es instructivo especialmente con respecto a dicho tema.

El gobierno oligárquico no estaba contento con un marco democrático, y no solo que atentó contra las instituciones democráticas construidas trabajosamente por el Ecuador a lo largo de su historia, sino que utilizó coherentemente los organismos de información pública para realizar una labor antidemocrática y autoritaria.

No pasaron sino unos pocos días de la asunción al poder de la oligarquía hace cuatro años cuando los ecuatorianos empezamos a sorprendernos con un estilo totalmente distinto en la utilización del aparato informativo del Estado: una centralización absoluta de la información pública cerró a los periodistas del país todas las fuentes salvo una, la entonces llamada Secretaría Nacional de Información Pública, que era la única autorizada a hablar y a emitir boletines sobre toda la actividad estatal, bien fuese un pequeño proyecto campesino o una posición oficial sobre la deuda externa. Las oficinas de relaciones públicas de los diferentes ministerios, e inclusive de las entidades autónomas y semiautónomas, estaban prohibidas de emitir informaciones, ya que todas se canalizaban a través de la SENDIP. A ello se añadieron las presiones para alinear a todos los medios de comunicación en un coro de voces a favor del gobierno. Dichas presiones fueron incrementándose rápida y concertadamente: al uso discriminatorio de la publicidad oficial se añadieron los chantajes a los anunciantes privados para que no pusieran sus avisos en los medios a los que se consideraba no afectos al régimen y a los bancos privados para que no les suministrasen crédito.

La persecución individual (o familiar, como fue el caso de muchos de nosotros) a los periodistas a quienes se consideraba de oposición fue otra "estrategia", junto con la conculcación de derechos adquiridos de estaciones de televisión y radio. El caso más clamoroso fue el de ORTEL, un canal privado cuyas transmisiones fueron suspendidas durante los cuatro años del régimen autoritario que concluyó en agosto pasado.

Concordante con todo aquello fue el contenido de las informaciones oficiales: plagadas de hipérbolos y ditirambos a favor de la obra real o supuesta del gobierno, estaban así mismo llenas de invectivas e insultos contra todo aquel que criticaba al Ing. Febres Cordero. Ello se reflejó en las cadenas nacionales de radio y televisión, que el público empezó a ver asombrado a las pocas semanas

de iniciado el régimen y de las que se usó y abusó hasta el final del mandato: calumnias, amenazas, infamias brotaban sin cesar de las cadenas oficiales. Como dijo con precisión el Dr. Rodrigo Borja en su momento, "La SENDIP se convirtió en una máquina de mentiras".

Obviamente, tal política de información pública tuvo efectos tremendamente negativos para el régimen. El febreoscorderato cayó en la trampa de toda propaganda de estilo fascista: no se puede engañar a todos sobre todas las cosas al mismo tiempo. El desprestigio en que cayeron los sistemas informativos del Estado al finalizar el gobierno socialcristiano era gigantesco.

Rescatar la credibilidad del sistema informativo estatal, convertir a la información pública en una verdadera comunicación social para la democracia y el desarrollo es justamente la tarea que nos ha encomendado el Dr. Rodrigo Borja, en esta nueva etapa democrática del Ecuador. Lo que se vivió en los últimos cuatro años no fue democracia, y si se llegó a las elecciones no fue por deseo del anterior gobernante ni por el respeto a la Constitución y a las Leyes, sino por una lucha consistente del pueblo, de los partidos políticos democráticos y de la prensa independiente del país.

Rescatar la credibilidad empieza por cambiar el nombre en que se simbolizaba todo ese desprestigio: las palabras SENDIP y Secretaría Nacional de Información Pública fueron borradas y en lugar se estableció la Secretaría Nacional de Comunicación Social. Como puede deducirse del contexto anterior dicho cambio no es, sin embargo un mero cambio de nombres. Se trata de cambiar las metas, los contenidos de la labor comunicacional del Estado: es iniciar una etapa en que los medios informativos de que dispone el Estado se pongan al servicio de la sociedad antes que del gobierno, contribuyan al desarrollo social antes que al ataque a los opositores, consoliden la democracia antes que conspiren contra ella. Incluye, además, cambiar los objetivos mismos de la política que lleva el Estado frente a los medios de comunicación privada: no se trata de alinearlos por la fuerza en un coro de aplausos simultáneos a la labor del gobierno, sino de respetar su pluralismo informativo, ideológico y político, al tiempo de fomentar en sus páginas y en sus programaciones el servicio a las grandes causas del desarrollo y la democracia.

Dicho cambio se ha iniciado ya. La política informativa de este gobierno auténticamente democrático es abierta, sin reticencias, transparente. Los medios de comunicación no han recibido presión alguna, y aquellos de radio y televisión cuyas frecuencias eran escamoteadas por la mezquindad política del autoritarismo anterior, han entrado a funcionar sin problemas. El trato a los periodistas en las instituciones estatales ha cambiado: no se les considera ya como enemigos, y si queda por ahí algún rezago de trato ríspido, ello se corrige inmediatamente.

Las pocas cadenas nacionales de radio y televisión que se han hecho han sido en primer lugar cortas y de gran calidad profesional. Y se las ha hecho en aquellos casos absolutamente indispensables (las medidas económicas, la campaña nacional de alfabetización, documentales sobre las visitas del Presidente de la República a las provincias del país).

Pero, obviamente, falta mucho por hacer. Estamos avanzando en los planes de utilizar el tiempo oficial en la radio y la televisión con programas que favorezcan la educación, la alimentación, la salud, la ecología, el bienestar social, la higiene, el conocimiento de nuestras etnias, el rescate de las expresiones culturales de nuestro pueblo. Para ello, estamos en contacto con los canales privados de televisión a los que hemos propuesto producir conjuntamente una serie de "spots" sobre la alimentación y con productoras privadas para los otros temas.

Sin embargo, el objetivo de esta charla no es presentar a un foro tan distinguido un informe de labores . . . Al contrario, si es que hemos presentado el caso ecuatoriano es solo como un motivo de reflexión sobre el tema central de esta ya larga charla. Como todos sabemos, son los procesos políticos y sociales los que determinan los temas por tratar en las ciencias sociales. De allí que creo que de alguna manera, el proceso vivido recientemente por el Ecuador ha hecho que funcionarios internacionales y dirigentes gremiales locales hayan planteado a este seminario internacional un tema que tanta relevancia tiene para nuestro país en un momento como el actual.

En ese sentido, preguntarnos qué relaciones existen entre los organismos de información pública y la estabilidad democrática en

América Latina no es otra cosa que prolongar la pregunta que rige las reflexiones que nos hacemos todos los días quienes estamos a cargo de la comunicación social del gobierno del Dr. Borja. Y es que ambas preguntas tienen que ver con las posibilidades y cualidades de la democracia que queremos alcanzar en la región y en cada uno de nuestros países.

¿Cuáles son, por tanto, esas relaciones? Nuestra región gesta en este momento procesos de consolidación democrática que van todos, necesariamente, bordeando el desfiladero de la crisis económica. Ello tiene la mayor importancia, en la medida en que la crisis económica "así como vuelve más imprescindible hallar nuevos caminos de desarrollo y plasmar una mayor justicia social, dificulta grandemente los logros" (Mario R. Dos Santos, "Pactos en la crisis Una reflexión regional sobre la construcción de la democracia", en **Concertación político-social y democratización**, Buenos Aires, CLACSO, 1987). Las posibilidades y peligros de tal situación no escapan a nadie: la crisis no limita sino que amplía las demandas de la participación tanto en los frutos del desarrollo como en los frutos de la democracia. Política y economía enfrentan aquí un reto mayúsculo, y el descalabro de las soluciones neoliberales viene a ser una imagen renovada de que solo aquellas tendencias democráticas en política podrían dar respuestas de justicia social en la economía.

No quiere decir que la tarea sea fácil. Al contrario, sobreviven en nuestros países estructuras de poder antidemocráticas que acechan en la sombra . . . y a veces bien claro a la luz del día. Pero es a la política y a la política económica que le toca concebir y poner en práctica políticas económicas que integren objetivos de reactivación productiva, redistribución de la riqueza y tratamiento de la extrema pobreza.

Al periodismo en general, y a los órganos informativos de los estados, les toca empeñarse en que la acción colectiva contra la crisis económica y contra la antidemocracia para que superando el conflicto se llegue a la cooperación, para que superando la confrontación se llegue a la composición, para que superando las tendencias autoritarias se llegue a una participación más plena.

La producción de consensos mínimos y de solidaridades, la mo-

vilización y el rescate de nuestras identidades sociales y culturales, la ampliación del ámbito de lo público y de la soberanía popular solo puede hacerse a través de los medios de comunicación de masa.

Enfrentar la crisis y ampliar la democracia es pues nuestro reto. Eugenio Espejo fallecía en 1795, quince años antes del primer grito de la Independencia en América Latina —que se dio exactamente según los planes que él había trazado—, a consecuencias de su acción política revolucionaria. Para él también enfrentar la crisis que entonces padecía la Audiencia de Quito, tras el colapso de sus exportaciones textiles al Perú, y ampliar la democracia, logrando la libertad política y una nueva estructura estatal, eran los retos de su tiempo. Cuando las autoridades clausuraron su periódico, él continuó en la lucha por otros medios. Ese ejemplo de periodista y de hombre de acción, de pensador y de revolucionario, sigue vigente hoy, 200 años después, cuando, en las postrimerías del siglo XX, los retos que se presentan a la América Latina, y al Ecuador en particular, son igualmente gigantescos.

De allí también que inaugurar un seminario como el que nos reúne aquí haya sido para mí un motivo de inspiración y un honor, por el que estoy muy agradecido.